

BREVE HISTORIA de...

AL-ÁNDALUS

Ana Martos



Descubra el mundo andalusí, parte clave de la historia de España donde se funden la cultura visigoda con la árabe medieval. Desde la aparición del islam hasta la Reconquista y la expulsión de los moriscos

BREVE HISTORIA DE
AL-ÁNDALUS

BREVE HISTORIA DE AL-ÁNDALUS

Ana Martos Rubio



Colección:Breve Historia
www.brevehistoria.com

Título: *Breve historia de al-Ándalus*
Autor: © Ana Martos Rubio

Copyright de la presente edición: © 2013 Ediciones Nowtilus, S.L.
Doña Juana I de Castilla 44, 3º C, 28027 Madrid
www.nowtilus.com

Responsable editorial: Isabel López-Ayllón Martínez
Maquetación: Paula García Arizcun

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece pena de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

ISBN edición impresa 978-84-9967-476-6
ISBN impresión bajo demanda 978-84-9967-477-3
ISBN edición digital 978-84-9967-478-0
Fecha de edición: Marzo 2013

Depósito legal: M-3107-2013

*A mi madre,
que era de Córdoba,
y a mi padre,
que era de Granada.*

Índice

Introducción

1. El imperio de las mil y una noches

Ismael e Israel

La época de la ignorancia

La lengua que hablan Dios y los musulmanes

La Kaaba

El sagrado Corán

La Hégira

Invítales a abrazar el islam

El reparto de la herencia del Profeta

La guerra santa

Bagdad, ciudad redonda y centro del mundo

El islam frente al cristianismo

El álgebra y los algoritmos

Mahoma frente a Aristóteles

El laúd de Sukayna

Bellas fábulas para contar feas verdades

2. La isla de los Vándalos

El moro Muza
La mesa de Salomón
La cuestión judía
La sociedad hispano-visigoda
Los witizanos
Florinda la maldita
La batalla de Guadalete
Tarik se queda
Las lamentables apostasías
Dimmí, enemigo de Alá, paga la *chizia*
Los monasterios
La viuda de don Rodrigo

3. La ciudad de las tres culturas

Los descendientes del Profeta
Isbaniya
El príncipe advenedizo
Los gigantes del espíritu
El barrio de los Andaluces
El campo de la estrella
Líbrenos Dios de la furia de los hombres del norte
Un adorno para las murallas cordobesas
Otra rebelión, la de los muladíes
Mi amor hará que nieve
La ciudad efímera
Córdoba en los siglos X y XI
Sancho el Gordo
Una vasca en el harén

La ambición de un escribano
La Noche del Destino
El Mangas

4. El imperio de los cinco sentidos

Los aromas de al-Ándalus
Evocación del Paraíso
El *hamam*
Una favorita por un palacio
De amor y música
Ni paganos ni infieles
Épica castellana y lírica sevillana
La medicina islámica
Noches toledanas

5. ¡Santiago, y cierra, España!

Entre mitos y realidades
La Cruz de la Victoria
Las cien doncellas
Nacen los reinos cristianos
La jura de Santa Gadea
Nace la monarquía castellana
La ofensa que dividió un reino
Baños para ablandar las carnes
Más feos que Satán con todo su convento
¡Viva el emperador de las Españas!
Los almohades
La Cruzada

Fueros y donadíos

Si no tenéis arma para consumir la iniquidad, ahí va la mía

España

6. El Suspiro del Moro

Cruces y coranes

La Roja

El Salón de los Abencerrajes

Las torres-palacio

El mirador de Lindaraja

Granada ya no labra oro ni plata

Vivirá mucho para padecer mucho

La Cuesta de las Lágrimas

Bibliografía

Introducción

En el siglo VIII, España se llamó al-Ándalus y constituyó la provincia más occidental de Dar al-Islam, un inmenso territorio que se extendía desde Persia hasta el Atlántico, cuyos habitantes oraban cinco veces al día en lengua árabe, dirigiendo sus plegarias hacia La Meca.

Diversas teorías señalan diferentes orígenes para el nombre de al-Ándalus. El más convincente podría ser el derivado de «La isla de los Vándalos», *tamurt Vandalus* en bereber y, en árabe, *al-jazirat al-Andalus*. Los vándalos abandonaron la península ibérica por el estrecho de Gibraltar para establecerse en la actual República Tunecina, donde dejaron no pocos vestigios de la cultura romana y de un refinamiento que en nada avala la connotación que su nombre ha alcanzado en nuestros días.

Según otros autores, al-Ándalus también podría ser la traducción árabe de «isla del Atlántico o Atlántida», que es el nombre que Platón dio a una isla mítica que se suponía próxima a la península ibérica.

El lector observará que muchos nombres árabes, tanto de personajes como de ciudades, son diferentes a los que encontrará en distintos libros. Esto se debe a la transliteración de los nombres a las distintas lenguas. Por ejemplo, si se ha transliterado al francés, encontrará el nombre de Marouan; si se ha transliterado al inglés, lo encontrará como Marwan, y, si se ha transliterado al castellano, lo encontrará como Maruán. El mismo nombre escrito de tres maneras.

Se escriban como se escriban, los personajes, la cultura y las vivencias de al-Ándalus vinieron y se marcharon, pero nos dejaron una huella indeleble que se refleja en nuestras construcciones, en nuestras costumbres, en nuestra

lengua, en nuestra fisonomía, en nuestra gastronomía y en nuestra idiosincrasia.

El imperio de las mil y una noches

Mi amada, cuando está sola y no teme a los celosos,
descubre sus brazos rollizos y firmes como los
miembros de una joven camella,
cuyo color es de un blanco puro, cuyo seno no ha
concebido jamás.
Su talle me hace perder la razón.
Sus piernas son semejantes a dos columnas de mármol
y están adornadas con anillos entrelazados que dejan oír,
cuando anda, un murmullo muy agradable.

Moallaquat

Arm Ben Kolthum

Los *Moallaquat* o *Mu'allaqat*, 'poemas suspendidos', son una colección de poemas de los primeros tiempos de la literatura árabe, atribuidos a siete poetas y transmitidos por vía oral. Contienen una enorme riqueza de imágenes, de descripciones inspiradas y de color local. Recuerdan la vida nómada de los beduinos y se remontan al siglo VI. Pertenecen, por tanto, a los tiempos de la idolatría anterior al islamismo, a los tiempos que han pasado a denominarse «la época de la ignorancia», cuando el mundo árabe aún ignoraba el Corán, tiempos prehistóricos de la civilización árabe, en que la poesía marca la creatividad, porque dejaron a la posteridad una rica herencia de palabras recitadas.

ISMAEL E ISRAEL

Dos años después del diluvio, cuando Sem, hijo primogénito de Noé, contaba cien años de edad, engendró a Arpaksad, de cuya genealogía nacería siglos más tarde Abraham, el patriarca. En su tierra natal, Ur de los caldeos, tomó Abraham por esposa a Sara, pero Yahvé le ordenó dejar su casa paterna y partir para la tierra de Canaán, prometiéndole que de él nacería una nación grande y que en él serían bendecidos todos los linajes de la Tierra.

Pasó el tiempo y la promesa divina no se cumplía, porque aquella pareja destinada a poblar un país no conseguía concebir un hijo. Entonces, Sara entregó a su marido a su esclava egipcia Agar, para que la tomara como mujer y concibiese hijos en ella. Pero, una vez que se vio encinta, la esclava miró al ama con desprecio y el ama, enfurecida, la arrojó lejos de su hogar.

Abandonada en el desierto, Agar creyó morir pero el ángel del Señor vino a ella para advertirle que de su vientre nacería un hijo al que llamarían Ismael y cuya posteridad sería tan numerosa que no se podría contar. «Este hijo será como un onagro humano», le dijo, «su mano contra todos y todos contra él y enfrente de todos habitará». Con esta promesa volvió Agar a someterse a su ama y dio a luz a su hijo sobre las rodillas de Sara, quien lo recibió como hijo propio.



Ismael fue el hijo primogénito de Abraham, nacido de una esclava, pero cuando nació Isaac, concebido en su mujer Sara, esta le exigió expulsar a Ismael y a su madre para que no disputasen la herencia a su hijo propio. Así vio Guercino el repudio de Agar e Isaac. Pinacoteca di Brera, Milán.

Pero, pasado un tiempo, quiso Yahvé que también Sara quedara encinta, aunque su edad era avanzada y su período fecundo había desaparecido tiempo atrás. Y fue con este hijo y no con Ismael con quien Yahvé aseguró que establecería su alianza. Cuando llegó el momento de destetar a Isaac, el hijo de Sara, ella exigió a Abraham que expulsara de casa a la esclava y a su hijo, pues no debía repartir su herencia.

Así se vio Agar forzada por segunda vez a abandonar su hogar y a vagar por el desierto de Beersheva, junto con su hijo Ismael, un odre de agua y un pan. Cuando terminó sus exiguas provisiones, Agar invocó a Dios para que no permitiese morir a su hijo y Dios escuchó su ruego, abrió ante ella un pozo y llenó su bolsa de alimentos. Protegido por Yahvé, Ismael vivió en el desierto de Parán, desposando, en su momento, a una mujer egipcia de la que nació la abundante descendencia que el Señor le había prometido. De su genealogía nacieron doce príncipes para las doce tribus del desierto y sus descendientes habitaron la región que se extiende desde Javilá hasta el sur, que está frente a Egipto en dirección a Asur, estableciéndose enfrente de todos sus hermanos.

Esto es lo que cuenta el *Génesis*, pero ya sabemos que los libros de la *Biblia*, como casi todas las antiguas epopeyas, relatan la historia en forma de mitos. El mito de Agar es, sin duda, el origen de la eterna querrela entre árabes y hebreos, entre Ismael e Israel, porque Israel es el nombre de Jacob, hijo de Isaac y progenitor de las doce tribus de Israel, como Ismael lo fue de las doce tribus del desierto.

Veinte siglos pasaron desde el nacimiento mítico de Ismael hasta el nacimiento histórico de Mahoma. No se ha podido establecer la línea recta que conduce del primero al segundo, pero la tradición ha dado la ascendencia por segura. Hay que tener en cuenta que los árabes guardan su genealogía, que se remonta a la generación más lejana, y no solamente guardan la suya, sino la de su caballo. Y han podido guardarla porque se han mantenido puros a través de los siglos, como ismaelíes o agarenos libres sin mezcla de individuos de otras civilizaciones.

Ninguna de aquellas naciones poderosas que en la Antigüedad construyeron imperios sobre pueblos conquistados logró penetrar en Arabia. Las expediciones romanas se estrellaron contra los inmensos océanos de arena que los árabes emplearon como salvaguarda. Apenas se aproximaba un invasor, los habitantes de los aduares levantaban sus tiendas, aparejaban sus camellos y sus caballos, cegaban los pozos que iban a dejar atrás y se internaban en el

terrible desierto, dejando a los asaltantes extenuados en una inmensidad abrasada por el sol, sin agua, sin árboles y sin senderos.

LA ÉPOCA DE LA IGNORANCIA

Se distinguen en el extremo suroccidental de Arabia dos áreas geográficas; una de ellas es una inmensa llanura desierta, sin árboles ni ríos, y, la otra, un área montañosa rematada por una franja litoral que separa las montañas del mar. El clima es desértico en la llanura, pero las montañas ofrecen la sombra acogedora del oasis. Allí florecieron, en el primer milenio antes de nuestra era, numerosos reinos independientes, entre ellos, los de Saba y Palmira, de cuyas reinas se cuentan tantas historias y leyendas, y al norte la tierra de Edom alojó el reino de los nabateos, que desapareció antes de la llegada del islam dejándonos las maravillas del desierto rosado de Petra.

En lo que a nuestra historia atañe, aquella región fue el semillero del que surgieron los pueblos semitas a los que hemos llamado acadios, babilonios, fenicios, sirios, hebreos, cananeos o árabes. Todos con una lengua, una gramática y un vocabulario comunes. Por eso, el *Génesis* hace a todos ellos descendientes de un mismo tronco, Sem.

Desde el desierto, verdaderos enjambres humanos emigraron en la Prehistoria hacia la zona que hace frontera con Siria, donde el desierto se suaviza ofreciendo pozos y fuentes que dan riego a las palmeras. A su sombra se construyeron los primeros aduares, formados por tiendas y chozas de cañas y barro. Y allí se inició una nueva vida sedentaria junto a los huertos y a los cercados para el ganado, en los valles fértiles donde se cultiva el mijo y el café y donde el árbol del incienso crece de forma espontánea trepando por las laderas de los montes.

Nuevas hordas semitas fueron llegando sucesivamente del sur, escapando del desierto con sus camellos y sus ovejas y empujando más hacia el norte a los grupos que ya se habían establecido, para ocupar cada uno el oasis que el otro dejaba libre.



El islam se propagó por toda Arabia reuniendo a las tribus árabes en un Estado único con el Corán como constitución. Tribus principales de Arabia a la llegada del islam.

Fuente: Slackerlawstudent, Wikimedia.

Las invasiones, las guerras entre tribus y la expulsión de los grupos más débiles al desierto para esquilmar sus bienes y, sobre todo, su preciada agricultura, fueron forjando el carácter belicoso de los líderes árabes que un día dirigirían los ejércitos del islam.

LA LENGUA QUE HABLAN DIOS Y LOS MUSULMANES

Leed el nombre de Alá; apreciad que Él os ha enseñado el uso de la pluma.

Corán, XCVI, 3 a 4

Cuando Dios decidió poblar la Tierra, esparció por ella numerosas criaturas entre las cuales repartió sus dones, dando a los griegos la belleza, a los chinos la

habilidad manual y a los árabes la superioridad lingüística. Y ellos supieron conservar esa perfección a través de los siglos porque sus sabios dicen que la lengua no es humana, sino de origen divino y que ya Adán hablaba árabe cuando vivía en el Edén.

Entre los árabes, la palabra oral y más tarde escrita ejerció un gran influjo en el desarrollo de tradiciones y costumbres. El sentido de la imagen y del ritmo es inherente a la naturaleza de los hijos del desierto, que fueron poetas antes de tener poesía y fueron narradores elocuentes antes de tener literatura. Para los árabes, el verdadero maestro es el que habla y seduce con su palabra. De ahí vinieron el poder y la fascinación de Mahoma, que, aun siendo iletrado, aprendió el arte de convencer antes de lanzarse a predicar las revelaciones divinas.

Si Adán transmitió a los árabes su lengua hablada, la tradición afirma que la escritura se debe a Hymiar, hijo de Yoktán que fue rey de Yemen y dio su nombre a una lengua semítica que se habló hasta el siglo X, un alfabeto muy antiguo utilizado ya en las inscripciones de las estatuillas de alabastro de los reyes yemeníes, así como en algunas estelas votivas que agradecen a los dioses su intervención en el éxito de asuntos terrenales.

Pero la escritura árabe solamente se perfeccionó cuando se inició la transcripción del Corán, ya en el siglo VIII, agregando puntos para indicar las vocales breves porque, hasta entonces, solamente las consonantes y las vocales largas tenían derecho a ser escritas. Entonces, los lingüistas se convirtieron en artesanos de la lengua árabe para preservar el libro sagrado de modificaciones o alteraciones de dialectos contaminados por lenguas extranjeras. Téngase en cuenta que varios versículos del Corán señalan que el texto fue revelado a Mahoma en árabe puro y que nunca se ha admitido traducción alguna a otros idiomas. Con ello, consiguieron unificar la lengua de toda la península arábiga, arrinconando las otras lenguas y dialectos para hacer surgir una lengua única y gloriosa, la *lughá*. Y, con la expansión del islam, consiguieron también convertir el árabe en una lengua internacional no solamente para la religión, sino para la civilización. Es la lengua oficial de todos los países que hoy llamamos «árabes», con excepción de la lengua persa que se conserva en el actual Irán.

Según cuenta José Pijoán, los árabes conocieron la técnica de fabricar papel antes que otros pueblos orientales, ya que ninguno de los escritos islámicos tiene forma de rollo, sino que siempre está contenido en libros

encuadernados. Los libros son objeto de veneración porque de ello se ocupó el Profeta reflejando en el Corán la importancia de aprender de los libros. Mahoma se confesó iletrado, pues tuvo que oír de viva voz las noticias e historias que le leían los que eran capaces de hacerlo. También tuvo que recitar de memoria las instrucciones que recibió de sus visiones angélicas. De ahí que muchas de las narraciones del Corán sean inexactas, pero el Profeta nunca trató de contar realidades, sino ejemplos de lo que Dios quiere que seamos y de lo que quiere que hagamos.

LA KAABA

Según la tradición musulmana, fue el mismo Abraham quien mandó construir el templo de la Kaaba durante una peregrinación a Arabia, en un tiempo en el que las gentes practicaban todavía el politeísmo y creían en numerosos dioses. Como todos los pueblos primitivos, los árabes practicaban cultos solares y estelares y adoraban árboles y piedras. La Piedra Negra, una piedra de origen meteórico engastada en plata y empotrada en el ángulo oriental de la Kaaba, podría ser un vestigio pagano preislámico, aunque algunas tradiciones aseguran que Ismael apoyó en ella su cabeza cuando vivió con su madre en el desierto de Parán y afirman que recibió esta piedra del ángel Gabriel. No es un objeto de adoración (los musulmanes, como los judíos, adoran exclusivamente a Dios) ni se le atribuye valor sobrenatural alguno, pero cuentan que Mahoma la besó, aunque apostillando «no me olvidó de que eres una piedra, por lo cual, no puedes hacer ni el bien ni el mal», y, puesto que el Profeta la besó, también muchos musulmanes la besan.



Antes del islam, los pueblos de Arabia eran politeístas y utilizaban la Kaaba para adorar a sus numerosos dioses. Esta es la Sagrada Trinidad de Palmira, formada por el dios lunar, el dios solar y el dios supremo, siglo I. Museo del Louvre, París.

Pero la Kaaba fue al principio un templo pagano que alojó, junto con la Piedra Negra, la figura del patriarca, más las de las sublimes diosas a que alude el Corán y otras muchas divinidades árabes. Mahoma tuvo que luchar contra el politeísmo y la idolatría, como, según la tradición judía, tuvo que hacerlo Moisés.

La ciudad de La Meca, que hoy aloja la Kaaba y es centro mundial de peregrinación musulmana, fue construida en el siglo V, pero el valle en que se asienta, el valle de la Meca, fue frecuentado durante siglos por numerosas tribus que se agrupaban en torno a la Kaaba y sus líderes se enorgullecían de reclamar la custodia y administración del templo, que pasaba de una tribu a otra.

Como la Kaaba fue, desde el principio, alojamiento de dioses paganos, hay quien afirma que Mahoma tuvo la intención de destruir el santuario, pero optó por respetar tan importante lugar, sagrado para todas las tribus árabes, y prefirió atribuir su construcción a los patriarcas. Por eso, el versículo 98 del Corán señala que Dios estableció la Kaaba como refugio de todos los hombres y el versículo 11 afirma que Abraham e Ismael pusieron sus cimientos.

EL SAGRADO CORÁN

No obstante la presencia de numerosas deidades en torno a la Kaaba, llegó un tiempo en que el mundo árabe precisó un soplo de espiritualidad y un impulso certero que redirigiera sus pasos por el buen camino, porque la codicia, la inmoralidad y la insensibilidad se habían adueñado de él. Los dioses paganos, las piedras, los astros y los espíritus habían relegado a Alá, el dios supremo, a un rincón del Olimpo y la ciudad de La Meca, rica y próspera, estaba gobernada por una clase clerical ávida y codiciosa que ejercía un poder tiránico y sanguinario y gozaba de los mayores privilegios, habiendo desterrado a los pobres y a los humildes a los barrios periféricos desolados y miserables. Para colmo, la peregrinación se había convertido en un negocio.



Mahoma coloca la Piedra Negra en la Kaaba. El Profeta colocó la Piedra Negra sobre una alfombra, en el ángulo oriental de la Kaaba, para terminar con la disputa existente acerca de qué tribu debía colocarla en el santuario. Esta ilustración de 1315 se conserva en la Biblioteca de la Universidad de Edimburgo.

En semejante caldo de cultivo surgió la figura de Mahoma, que nació huérfano y pobre, con una mancha blanca ovalada entre sus omóplatos como una señal mística que los adivinos árabes, los rabinos judíos y los monjes cristianos trataron de interpretar cuando su ama de cría, Halima, le alimentaba en la ciudad de La Meca porque su madre, exhausta y enferma, nunca tuvo leche para amamantarlo.